LA ISLA DEL LLOP MARÍ.

Todos los animales presentaban la misma marca. Un círculo cortado por una cruz invertida que parecía estar grabado a fuego sobre cada piel felina. Solo un estudio minucioso podría desvelar si se trataba de un antiguo conjuro o de algo más terrenal.

Tiempo atrás, en una fría mañana de septiembre, Juan Coloma sintió por fin el viento de levante cuya esencia mediterránea evocaba el hogar perdido. Pudo percibir un aroma a yodo con notas de algas y plancton; esa fragancia familiar a mar con toques de tosca y basalto. Atrás quedaron casi treinta años de esclavitud y presidio, primero en Túnez, después en Argel. Un periplo que pasando por Cartagena, Alicante y Santa Pola, les había llevado al que sería su nuevo hogar, la ahora renombrada como isla de Nueva Tabarca.

El plan del conde de Aranda era sencillo; dar un hogar a los redentores genoveses de la Tabarka tunecina, poblar el islote y evitar su toma por parte de los piratas berberíscos. En pocos años, una fortaleza, una ciudad y una economía basada en la pesca y la agricultura habían dado vida a ese trozo de roca. Tras la tempestad, en el verano de 1778 Coloma no podía imaginar la maldición que había traído consigo desde tierras africanas y que perduraría durante siglos hasta que los principales habitantes de la isla mostraran su secreto al equipo comandado por la doctora García.

Doscientos cincuenta años después, Eva García pisó la isla por primera vez. El equipo "One health" que dirigía contaba con dos epidemiólogos, un forense, un farmacéutico, dos biólogos, un historiador, un arqueólogo, cuatro veterinarios y cinco técnicos de apoyo. Su misión, desvelar la causa de la muerte de mas de veinte gatos e intentar relacionarla con varias personas fallecidas en extrañas circunstancias en Nueva Tabarca y que los isleños atribuían a la maldición del "llop marí".

El centro de educación ambiental nunca había alojado tanta vida y tanta muerte a la par. La sala principal había sido tomada como centro de operaciones, donde un hormiguero de científicos, guardias civiles y voluntarios manejaban equipamiento, ordenaban documentos o pegaban notas en paneles de corcho. El auditorio fue el elegido para improvisar la sala de necropsias, donde el equipo veterinario y forense realizaba el estudio postmortem de varios de los cadáveres felinos encontrados en diferentes puntos de la isla.

Se encontraban en uno de los pocos territorios donde "el coronavirus" pasó de largo, pero ahora la isla parecía ser el origen de algo nuevo, algo que debía ser esclarecido antes de que pudiera saltar a la península. Con una población local de unos cincuenta habitantes, mas de un centenar de gatos, unos pocos perros y tres mil visitantes al día durante el verano, aquello podría convertirse en una bomba de relojería si la ciencia no conseguía desvelar el misterio y evitar otra emergencia sanitaria en una sociedad ahora muy sensibilizada.

Lo que se inició como una investigación policial, acabó siendo considerada una alerta potencial de brote epidémico que debía ser meticulosamente estudiada. La sospecha del equipo era clara: algún microorganismo patógeno, nuevo o arcaico, podría estar detrás de la muerte de gatos y humanos.
Mientras los agentes de seguridad interrogaban a la población local, el equipo "one health" estudió el brote

desde el punto de vista epidemiológico, clínico e histopatológico, teniendo en cuenta los factores ambientales, animales y humanos. Y en este campo, los veterinarios contaban con la ventaja de años de experiencia estudiando enfermedades en diferentes especies. Los primeros resultados no dejaban duda, aquellos gatos habían sido afectados por el bacilo del carbunco bacteriano; el temido ántrax. Sin embargo siendo conocedores de que lesiones cutáneas no son un signo común de la enfermedad en especies carnívoras, Pronto dedujeron que tanto las marcas en la piel como la muerte de los animales parecían ser consecuencia de la intervención humana. .

Al ser una enfermedad de declaración obligatoria y ante la alarma social que se podría crear, se puso en cuarentena la isla, se realizó tratamiento preventivo a casi todo ser vivo que allí se encontraba y se procedió a la exhumación de las personas fallecidas, pues todas ellas descansaban en el pequeño cementerio del extremo Este de la isla. En todos los cuerpos se aislaron esporas de carbunco, pero al igual que en el caso de los gatos, los análisis forenses parecían indicar una intervención nada divina en aquellas muertes.

Esta información dirigió las sospechas hacia Ernesto Ramírez, un lugareño ermitaño que siempre había renegado del turismo de masas en su isla. En el antiguo aljibe de su casa fue hallado un cofre con la inscripción “GC” (Giovani Colomba), que el grupo de arqueología pudo fechar en mas de doscientos años de antigüedad. En su interior, antiguos aperos de pescador y una piel curtida de oveja extremadamente deteriorada donde se aislaron las fatales esporas.

Tras un riguroso interrogatorio, Ramírez confesó ser el autor de los asesinatos. Décadas atrás encontró el cofre durante las obras del viejo aljibe y tras superar unas extrañas fiebres que se llevaron a mas de uno por delante, quedó inmune al bacilo. Conocedor de la maldición que acompañaba al jirón de piel (que parecía traer el mal a todo el que lo tocaba) y aprovechando la leyenda local sobre el monstruo de la “cova”, intentó disuadir a turistas e isleños de invadir su territorio. Todo empezó con su vecino, un ciudadano inglés que se apagó por una extraña neumonía complicada con una asfixia provocada.
A partir de ahí fue fácil: seis personas más y de ahí pasó a la colonia de gatos, a los cuales contagió, ahogó y marcó a fuego para infundir el temor a la maldición. Sin embargo, no contó con la resistencia felina y la mente colectiva de un equipo que por separado podría haber diagnosticado una enfermedad o resolver un crimen, pero que en conjunto pudo evitar una nueva epidemia y resolver el misterio de la isla.

Semanas después, mientras abandonaba Nueva Tabarca, Eva sintió en su piel el gemido del lobo marino. Aquel alarido emanaba de la propia roca y le hizo pensar que quizá sí había algo mágico y misterioso en aquella isla.

Epílogo: En 1938, los isleños capturaron en una cueva a la última pareja de focas monje del mediterráneo de la zona. Durante tres días los animales gritaron hasta morir de hambre y sed. Sus llantos se clavaron en las almas de los que allí vivían. Había nacido la maldición del lobo marino, aquel que moraba la “cova del llop” y que con frecuencia atormentaba a los moradores de Tabarca y quizá volvió loco a Ernesto.